

La Verdad Religiosa

Revista mensual.

En el Huerto de Getsemani

Próximo el Divino Salvador a llevar a cabo la obra inefable de nuestra redención, reunió a sus discípulos en el Cenáculo. Se trataba de celebrar la Pascua, según las tradiciones judáicas. En aquella misteriosa cena, convirtió el pan ordinario, *legal*, en otro pan más comfortable, en su propio Cuerpo.

Aquella cena sagrada, fué un conjunto de sorprendentes misterios, desde la institución eucarística y el lavatorio de los pies, hasta la última palabra que habló en aquel santificado recinto. Los coloquios que allí tuvieron lugar, nunca jamás hablados ni oídos en la tierra, inundan el alma de luz, son «vida eterna», como Jesús decía a sus discípulos. En efecto, se acercaba por momentos el instante en que se había de separar de ellos y les abrió de par en par su Corazón: jamás les habló con tanta efusión y con tal vehemencia, y ellos así lo entendieron. La ternura con que les hablaba y la elevación de las cosas que les decía, les tenía fuera de sí, de tal modo, que no pudieron menos de exclamar: «Ahora nos hablas claramente y sin parábolas»... «Vemos que sabes todas las cosas y no hay necesidad que nadie te pregunte: «creemos, por lo tanto, que has salido de Dios». (*Joan XVI, 29*).

—«¿Ahora creéis?» les dijo El. Solemnísimos eran aquellos momentos y no había punto de tiempo que perder.

—«Sabed, añadió, que se acerca... ya viene la hora, en la cual cada uno marcharéis por su lado y me dajaréis solo...: pero yo no estoy sólo, el Padre está con migo»... «Os perseguirán, pero no temáis: yo he vencido al mundo»...

Así terminó, y tras de una oración al Padre, se puso en camino, con dirección al Huerto de Getsemaní. Los once le siguieron.

Para llegar a él, tenía que atravesar el torrente Cedrón. En el valle de este nombre, estaban las tumbas de Absa-

lón, de Josafat y de Zacarías; todo él estaba lleno de sepulcros. Nada más triste y recogido.

En este mismo sitio salió al encuentro el rey de Salem, Melquisedec, al Patriarca Abrahám. También David pasó por allí descalzo y atravesó el torrente, huyendo de su hijo Absalón, al desierto (1). Aquel torrente y aquel valle, estaban llenos de tristezas y recuerdos... Jesucristo se retiraba muchas veces a orar allí: diríase que sentía verdadera predilección por aquellos apartados lugares.

Pero ahora va más allá, al Monte de las Olivas, donde tenía también por costumbre el orar (*Luc. XXII, 39*).

Siguió con sus discípulos, por la orilla izquierda del torrente, pasó el valle y, subiendo al Monte Olivete, entró en el Huerto de Getsemaní con ellos. Este Huerto no dista más de cien pasos del torrente Cedrón. Al Occidente, sólo se descubrían las murallas del Templo, algunas cúpulas de edificios y la torre Antonia, fortaleza imponente romana; a la derecha, un monte sin vegetación; a la izquierda, el valle de Josafat, cubierto de sepulcros. Todo esto era lo que desde Getsemaní se divisaba.

Nuestro Divino Salvador conocía bien el Huerto, oraba en él con tanta frecuencia, que Judas estaba seguro de encontrarle allí para entregarle a los judíos.

¿Qué cristiano hay que no sepa lo que pasó en este lugar sagrado? ¿Cual es el alma devota que no haya acompañado al Redentor por unos momentos al menos en su angustiosa oración y en el nunca jamás visto ni oído sudor de sangre?

Luego que estuvo dentro, mandó sentar a los discípulos; a los tres de la Transfiguración les dijo que le siguieran, estos eran: S. Pedro, Santiago y S. Juan. Se adelantaron, así como lo que alcanza un hombre cuando arroja una piedra, y encargó a los tres discípulos que orasen y vigilasen para que no les venciera la tentación, El todavía se adelantó un poco, no tanto que no le oyeran la oración que hacía al Padre. De rodillas, la frente sobre el polvo, decía así: «Padre mío, si es posible—y todo te es posible—pase de mí este caliz»... «Pero nó; cúmplase tu voluntad y no lo que yo quiera».

Una hora llevaría de oración cuando se acercó a los discípulos: les encontró dormidos. «¿Ni una hora siquiera

(1) P. Didón: Jesucristo.

—dijo dirigiéndose a S. Pedro—habéis podido velar? Vigilad y orad, no os dejéis vencer de la tentación. El espíritu está pronto pero la carne... es flaca». (*Math. XXVI*). San Pedro tan valiente y tan arriesgado pocos momentos hacía, duerme ahora como los demás.

El hombre de suyo es generoso, promete fácilmente, pero no siempre cumple lo prometido ni lo que ofrece, o porque no puede, o porque se resfría la voluntad; esto en las cosas naturales, en las más humanas, que en las cosas de otro orden superior, desfallece y nada puede sin ayuda. ¡Qué elocuente es este sueño de los discípulos!

Segunda vez se retira a orar y por segunda vez les encontró durmiendo: ellos no supieron qué responderle. (*Marc. VIV. 40*). La noche avanzaba. Por tercera vez se aparta Jesús a orar y acabada su oración vuelve a ellos. Ahora ya no los manda orar ni vigilar: «Dormid ya y descansad. Se acerca el momento en el cual seré puesto en manos de los pecadores»... «Levantáos, vamos; aquí está ya el que me ha de entregar».

Habían llegado los supremos momentos y los discípulos apenas se dan cuenta de ello. Jesús en la nación se angustia, sufre la agonía y todos los síntomas de la muerte, hasta el extremo de que la sangre brote en copioso sudor y caiga a gotas sobre la tierra: es preciso que el Padre envíe un ángel que le conforte y sin embargo los discípulos duermen...! Si le tenían afecto, si le amaban, esta era la ocasión. He aquí lo que puede la naturaleza humana de por sí.

El cristiano, el alma devota que no acompaña al divino Salvador, en su angustiosa oración del Huerto y no le compadece ni limpia el sudor de sangre que le corre por por la cara... duerme con los discípulos, no es fiel, no es agradecido Jesús sufre tales errores siendo inocente, ora y suplica sin necesitar nada: todo es por nosotros, por la pobre y triste humanidad caída. Si el hombre, pecador como es, no busca más que regalos y comodidades, ya se ve en el aprecio que tiene a su alma. Y si encima, no se humilla ante su Criador, suplicándole que le dé a conocer la propia miseria, la indigencia de su alma, es claro que no aspira al Cielo: si aspira le sucede lo que al codicioso. ¿Qué derecho tiene este al dinero ajeno? Y sin embargo lo desea.

Santa Catalina de Sena, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, el B. Susón, todos los santos, acudieron al Huerto

de Jetsemaní a limpiar el rostro del Salvador, a compadecerle y entristecerse con El.

Hoy mismo, y *siempre*, los discípulos leales de Jesucristo se le acercan en su angustiosa oración, le consuelan le limpian la sangre de su rostro, se *confunden...* viendo que los pecados propios, y no los suyos, le pusieron en tan amargas circunstancias. Con El emprenden luego el Vía Crucis, el Camino de la Crnz, hasta llegar al Calvario.

FR. G. P. RENGEL.



EL DOCTOR ANGÉLICO

«Beati mundo corde: quoniam ipsi
Deum videbunt».

S. Mt. c. V, v. 8.

Nadie habrá que hojeadas las obras inmortales del Angel de las Escuelas, o repasada su vida humilde y gloriosa no haya sentido una como corriente magnética que le atrae con misteriosa fuerza a este Santo despertando en su alma vivos sentimientos de veneración y de amor. Ahora más que nunca se notan estos sentimientos de grandiosa admiración, a medida que los siglos pasan la efigie augusta del Doctor Angélico se agiganta más; su luz es más potente y orientados por ella se camina con seguridad a la conquista de la verdad y del bien.

¿De dónde le viene esta fuerza misteriosa? ¿Cuál es el secreto de su grandeza intelectual y moral indiscutibles; hoy justamente reconocidas?

¡Santo Tomás habló tan poco de sí mismo!... En sus escritos siempre aparece el maestro humildísimo, impersonal a pesar de escribir tanto jamás se le presenta ocasión para hablar de sí mismo. Pero lo que él calla, lo pregonan sus escritos y los hechos de su vida lo comprueban.

Era allá por los años de 1244 cuando en el castillo de Rocca-Secca, de los Condes de Aquino, se encontraba el jovencito Tomás reducido a forzosa y dura prisión. El amor paterno despechado se había trocado en odio cruel e incarnizado; al regalo y cariño habían sucedido la violencia y las privaciones para apartarle del ideal sublime y divi-

no que perseguía el joven, y cuando el consejo humano y la fuerza humana se consideraron incapaces de rendir esta fortaleza, se acudió al poder del infierno en demanda de auxilio. Mas el joven Tomás salió también victorioso de este último y formidable ataque. El espíritu del mal personificado en la impúdica mujer que trató de seducirle, huyó cobarde para dejarle libre.

El cielo celebró este triunfo y los ángeles bajaron para dar el parabien al joven de su victoria y sellando su purísima carne le dijeron: «De parte de Dios te ceñimos con este cingulo de castidad, que tu has pedido. Ninguna tentación te la arrebatará; este privilegio que no sería capaz de merecer la virtud humana, te lo concede la bondad divina».

Este hecho, sin la menor duda, es la clave del misterio; sobre él como sobre base de granito se cimenta la colosal figura del Angel de las Escuelas. La grandeza moral e intelectual, parten de esta victoria del espíritu sobre la carne. Y sino oigámosle a él mismo.

Pregunta en cierto lugar el Santo si la ceguera del espíritu proviene de los pecados de lujuria, y haciendo un admirable y delicado análisis psicológico, como él los sabe hacer, en sustancia nos dice: Puesto que la perfección en el obrar del entendimiento consiste en cierta abstracción de las cosas sensibles, en la medida que el hombre se desligue de estas cosas materiales en esa misma proporción se hará apto para comprender las cosas espirituales. Necesita el entendimiento cierto dominio sobre la materia para obrar con toda su intensidad.

En efecto, prosigue el Santo, los sentidos corporales tienen su deleite en las cosas sensibles y entre todos ellos, ninguno es tan vehemente y embrutecedor como el originado por los vicios de la carne. Adheridos los sentidos corporales con una tal vehemencia a los objetos del placer, las potencias del espíritu quedan debilitadas, absorbidas por estas potencias inferiores. El alma, limitada de suyo, queda dominada y cohartada para obrar.

De aquí ese cúmulo de miserias que brotan espontáneamente del vicio de la lujuria. Porque el espíritu queda como ciego, imposibilitado para ver las cosas superiores; viene luego la inconsideración y precipitación en el juzgar de las cosas; la inconstancia en el obrar, el egoísmo que todo lo invade, el odio a Dios que se engendra en el alma,

un afecto brutal y desordenado a los bienes de la tierra con el consiguiente menosprecio de los bienes del cielo.

A tales desvaríos y perturbaciones lleva lógicamente el momentáneo placer de la carne. Tiempo perdido sería el que se emplease en hallar las obras del genio o del héroe en el seguidor de sus apetitos sensuales. La luz de su razón está como encarcelada y el egoísmo más estúpido y repugnante es el único móvil de sus empresas. La bondad y bellezas quedan en él reducidas a puras conveniencias. Desconoce el sacrificio.

La victoria alcanzada en Rocca-Secca, dándole un total dominio sobre las pasiones bastardas, libró al Doctor Angélico de estas funestísimas consecuencias. Jamás en él se levantaron los sentidos en pugna contra el bien apetecido por la razón recta.

Causa en verdad asombro ver el equilibrio tan perfecto y estable que se nota en la constitución psico-fisiológica de Santo Tomás de Aquino. La razón en él es la única dueña de la casa, ella manda con entera libertad; los sentidos con sus apetitos son meros instrumentos, aptísimos y dóciles al imperio de la razón. La lucha formidable entablada entre las nobles aspiraciones del alma y los brutales instintos del apetito sensual han cesado por completo en este privilegiado Santo. La razón es la que dirige y la voluntad no se mueve sino mediante su dictado. Jamás se deja llevar del entusiasmo. Acepta la realidad tal cual es, exento de apreciaciones y deseos subjetivos. Con imparcialidad, casi friamente, trata todas las cuestiones. Como el cirujano usa impasible y friamente del escalpelo así él emplea su razón para seccionar y desmenuzar las verdades como si nada le fuera en ello; y, no obstante, las cuestiones que en sus escritos dilucida las siente intensamente, las vive, pues que su alma es dichosa en la contemplación de ellas y forman parte de su mismo sér.

Ciertamente esta es una de las notas más salientes de su personalidad, cuya explicación no es otra que ese admirable consorcio en que están sus facultades merced a su pureza, sellada por manos de los mismos ángeles.

De aquí su grandeza, de aquí esa fuerza en el raciocinio y esa penetración de vidente. Si Santo Tomás, en una palabra, es el esclarecido Doctor, es por ser antes immaculado ángel. Su gloria se cifra en este lema «Doctor Angélico» con que el mundo todo le aclama.

La virginidad es la que esparce por sus escritos un aroma divino, fascinador. De ella brotan luego espontáneamente la humildad, la afabilidad, el despego de las cosas terrenas; y esa paz y tranquilidad en que vive su alma, es razonado fruto de esta divina planta.

Desligada la razón de los lazos que la aprisionan a la tierra, se remonta con rápido y elevado vuelo hasta el mismo trono de Dios y allí contempla extasiado la Belleza Suma y bebe a torrentes la ciencia que luego nos comunica.

Es notable la omnímoda influencia que en esta tan bien dispuesta alma ejerce el Espíritu Santo. En ella mora con la plenitud de sus carismas, singularmente con los dones de inteligencia, cuya luz le descubre los ministerios en que se oculta la Divinidad, y los de sabiduría y ciencia con los cuales aprecia las cosas divinas y humanas en un juicio serenísimo, libre de toda impureza.

Con justa razón las Escuelas católicas le nombran su Ángel tutelar, y la Iglesia le trata como al hijo mimado y nos le propone por modelo perfecto a quien debemos imitar. Ninguno otro ha sabido aunar la virtud y la ciencia en grado tan eminente.

Los jóvenes amantes del saber caminarán seguros tomándole por guía; los disolutos aprenderán en él a despreciar los goces de la carne, a cambio de otros de incomparable valor, los del espíritu, que sólo se logran en la medida que el hombre se desprenda de las cosas de la tierra.

FR. SANLOO, O. P.



LA CONFESION

La Cuaresma es tiempo de recogimiento y de oración, de penitencia y de confesión, tiempo de ejercicios espirituales. Jesucristo nos enseñó esta piadosa y hermosa práctica retirándose al desierto para orar a solas con su Padre celestial y hacer penitencia, no por sus pecados, pues no cometió jamás ninguno, sino por los nuestros. Nosotros, si nos preciamos de ser fieles seguidores suyos y sumisos súbditos a las leyes de la Iglesia, debemos hacer otro tanto, debemos imitar a nuestro divino Redentor, aprovechán-

donos de este santo tiempo de Cuaresma para retirarnos también como El a la soledad del recogimiento, para hacer oración y penitencia. Nadie dirá en verdad que no necesita de estas dos ruedas de la vida cristiana y de la vida de los pueblos. Precisamente por no dejarse guiar por ellas, los hombres y las naciones llevan hoy una vida de arrastre, que se resbala, sin poderlo remediar, por la fatal pendiente de la decadencia y del mal físico y moral. Fijémonos sino en nuestra propia Patria. España, cuando oró, cuando se reconcentraba en sí misma para meditar atentamente sus negocios y su destino en el mundo, fué grande, fué nación de santos y de sabios en primer lugar, y también nación de héroes, de valerosos soldados. Hoy, si vive una vida de decadencia, que le hace ir a la zaga de los demás pueblos, es porque ha despreciado desde mediados del siglo XVII, esas dos ruedas ligeras, la de la oración y la de la penitencia, que la hicieron correr y volar en mejores edades por el viejo y nuevo mundo, hasta no ponerse el sol en sus dominios; es, en una palabra, porque ha pecado. Y si quiere redimirse, si desea volver a sus gloriosas andadas es menester que expie su pecado en el crisol del sufrimiento, es necesario que se reconcentre en sí misma y medite de nuevo y con seriedad en sus destinos. Esto mismo debemos hacer sus hijos. De este modo Dios se apiadará de nosotros y de nuestra querida España.

En situación parecida se encontraba el pueblo ninivita. Nívive había cometido toda clase de pecados y de crímenes, por lo cual se hallaba en el estado más triste y lastimero, sobre todo por estar amenazado por la ira divina. Dios le envió un profeta para que hiciera penitencia y se convirtiera a El. Aquel pueblo, aunque pecador, oyó al enviado del cielo: se vistieron sus habitantes de saco y ceniza y ayunaron e hicieron grandes penitencias; por lo cual Dios tuvo compasión de ellos y los perdonó. Pues como en aquellos pecadores la penitencia fué eficaz, también lo será en nosotros, también se apiadará Dios de nosotros y de nuestra Patria, si hacemos penitencia. Porque la penitencia es de todo punto necesaria a todo aquel que ha pecado. ¿Y quién estará libre de pecado? Si el justo, al decir de la Sagrada Escritura, cae siete veces al día, cuántas no caerán los que no llevan una vida perfecta y santa? Luego si hemos pecado, hagamos penitencia, y ningún tiempo es más apropósito para hacerla como el de la santa Cuaresma.

Pecando perturbamos el orden establecido por Dios y despreciamos e injuriamos su majestad; herimos al propio tiempo nuestra dignidad de hombres y de cristianos, porque obramos contra la ley de la conciencia, contra los dictámenes de nuestra razón y los mandamientos de Cristo, a la par que lesionamos los derechos que Dios tiene sobre nosotros. Ahora bien; según ley de justicia, todo orden perturbado debe ser restablecido, todo derecho y honor conculcado debe ser reparado, y toda dignidad ultrajada debe volver a su antiguo esplendor. ¿Cómo conseguir esto? No existe otro medio que el de la penitencia, con la cual satisfacemos por nuestros pecados y recibimos el castigo por ellos merecido. Por el pecado morimos, por la penitencia volvemos a la vida de la gracia. Por eso la penitencia, como cosa necesaria para satisfacer por nuestras faltas, ha sido y es una verdad que estuvo siempre y sigue estándolo en el corazón de todos los pueblos, pero sobre todo en el pueblo cristiano. El Cristianismo, por boca de su divino Fundador, nos repite frecuentemente, de un modo particular en la Cuaresma, la necesidad de esta verdad. «Si no hacéis penitencia - ha dicho Jesucristo - todos igualmente perecereis». Ninguna religión, como la del Crucificado, comprendió mejor esta doctrina. Porque sabe que el mal sólo se extirpa por la penitencia, por eso la predica; porque sabe que ningún pecado puede quedar sin castigo, y que Dios no castiga dos veces la misma falta, nos aconseja y manda castigar nuestros pecados, a fin de evitar que Dios nos aplique con su airada mano la penitencia por ellos merecida. Y mejor es que la expiemos por nosotros, que caer en manos de Dios que castiga.

Mas como no está en nosotros el aplicar la penitencia, es necesario acudir a un tribunal que la termine e imponga. Este tribunal, establecido por Jesucristo en la tierra, es la confesión. La confesión después del bautismo, es sacramento indispensable y necesario para todos los que han prevaricado de la ley cristiana. Mediante él expiamos nuestras iniquidades y volvemos a la gracia de Dios. La confesión de suyo es ya un castigo, porque humillamos y sujetamos la soberbia de nuestro espíritu a la opinión de otro hombre aparentemente como nosotros, si bien representante de Dios; es una penitencia por nuestras faltas, al mismo tiempo que un tributo de verdad y un triunfo contra la vanidad y soberbia de nuestra alma, que nos hicieron pertur-

bar el orden de la naturaleza y herir los derechos y el honor de Dios. Luego si hemos pecado, acudamos al confesor para que nos aplique el contraveneno del pecado, esto es, la penitencia. De no hacerlo así, si no nos arrodillamos contritos y humillados ante el ministro de Dios y le confesamos nuestras culpas, Dios se reserva el derecho de castigárnoslas en la otra vida. Y El mismo dice que es terrible caer en las manos de Dios airado después de la muerte...

La confesión, además de ser penitencia, es celestial medicina, que cura las llagas de nuestro espíritu; bálsamo saludable, que sana y suaviza las torturas y remordimientos de nuestras conciencias y vuelve nuestra alma a su antiguo esplendor y pureza. ¡Oh, cuántas veces no habrá sido bendecido este santo tribunal y el sacerdote que escuchó la declaración de nuestras conciencias, por habernos devuelto la tranquilidad, la paz, la luz, la gracia divina!... Muchos, después de haberse confesado, no pueden menos de exclamar: ¡Qué tranquilo, qué contento me quedo!... Si, pues, hay una faz sangrienta en la confesión, también en ella hay una faz radiante. Si hay una voz que grita: «Arrodíllate, humíllate, obedece!», también hay otra que grita: «Ven, haz este sacrificio, y hallarás el consuelo, la luz, el perdón y la paz». En primer lugar consuelo, porque en la confesión se nos quita el fardo pesado de nuestras faltas, que oprimía nuestra alma en la desgracia, y halla solaz el espíritu quebrantado con las amarguras de la vida. Proporciona también luz al alma, una luz secreta, íntima, apropiada a sus necesidades, a sus dudas, a sus inquietudes, a sus tristezas; la luz vivificadora que Jesucristo aportó al mundo. Y, con la luz, ofrece la confesión, el perdón y la paz. ¿Quién puede perdonar los pecados sino Dios, pues son injurias del mismo Dios y El es el juez y la parte que ha de perdonar? La sociedad, los hombres no perdonan nada más que hasta ciertos límites; la conciencia tampoco perdona, porque siempre está despertando al culpable, aunque duerma envuelto en oro y seda. Pero Dios perdona de hecho, y con el perdón infunde la paz en nuestra alma. Ser perdonado, saberlo, estar seguro de ello ¡qué felicidad! Hallar de nuevo la paz, la dignidad, el honor a sus propios ojos, a los del mundo, ¡sólo Dios puede hacerlo! Tal es la obra maestra de la confesión. ¿Quién no se ha arrodillado, oprimido por el temor y la vergüenza, y no se ha levantado radiante? ¿Quién es el que, habiendo oído caer sobre su

cabeza estas palabras: «Vete en paz; tus pecados están perdonados», no ha sentido llenarse su corazón de una alegría y serenidad que las cosas humanas no darán jamás?... He ahí la confesión: hiere y consuela, humilla y ensalza. Si no hiciese más que herir, irritaría el alma; si no hiciese más que consolar, la enervaría. Pero todo esto queda divinamente unido. Hace ella doblar la rodilla en la humildad, en la obediencia y en el sacrificio, y al propio tiempo inunda el espíritu y el corazón de consuelo, de luz, de perdón y de paz. Y así, respondiendo, por un lado, a las más nobles necesidades del hombre, y, por otro, a sus más tristes y profundas llagas, manifiesta que no puede ser más que obra de Dios que ha creado el alma humana (1).

P. BUENO, O. P.



¡RESUCITÓ EL SEÑOR!

El luto que cubría los altares
donde habita el Señor
fué trocado en alegres colgaduras.

¡Jesús resucitó!

Las campanas que en días anteriores
no se hicieron sentir
dejan oír de nuevo sus sonidos,

¡Jesús volvió a vivir!

Los cantos de dolor que el sacerdote
hizo al cielo subir
son de nuevo de gloria muy excelsa,

¡Jesús los oye allí!

Y nuestras almas que alcanzar no llegan
la gloria del Señor,
quieren robar del ángel la hermosura
para alabar a Dios.

IMELDA, T. O. P.

(1) Bougaud. *El Cristianismo y los tiempos presentes*, t. V. p. 136 y ss.

LA RESURRECCIÓN

Este es el día que hizo el Señor, alegrémonos y regociquémonos en él (*Psalmos 117, v. 23*). Y es grande para Jesús porque ha recibido la gloria que con su pasión ha merecido, grande para su bendita madre porque hoy ve trocados sus dolores en alegrías con la presencia de su Hijo resucitado y glorioso; grande para los discípulos y seguidores de Jesús porque hoy ven cambiado el escándalo de la Pasión en el glorioso triunfo y alegría de la Resurrección. Grande, en fin, para el cielo y la tierra porque hoy se ven restaurados y renovados, cual si fuesen cielo nuevo y tierra nueva. Y hasta el mismo infierno y la muerte sintieron la grandeza de este día, por la gran justicia que con ellos se obró, haciéndoles devolver la presa que habían robado.

Jesús distribuyó las alegrías de su Resurrección en proporción con las tristezas de su Pasión. Así su dulcísima Madre fué la más agraciada en este día, su Hijo se la apareció glorioso y hermoso, convertidas ya sus fealdades y heridas pasadas en fuentes de belleza y de amor. María inocentísima, que padeció con Su Hijo sin haber pecado, recibe la recompensa de su dolor con la presencia de su Hijo resucitado y glorioso. Otra María pecadora y penitente que padeció de amor viendo a Jesús crucificado, es, después de la Virgen, la primera en ver a Jesús que de dulce y suavísima manera se la descubre y aparece, llamándola por su propio nombre.

María, dice el Evangelista San Juan, estaba llorando fuera del monumento donde habían puesto al Señor, y llorando se inclinó y miró al monumento. Entonces vió a dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había sido puesto el cuerpo de Jesús. Y la dijeron: Mujer, ¿porqué lloras? Ella contestó: Porque han llevado al Señor y no sé donde le han puesto. Y habiendo dicho esto se volvió y vió a Jesús que estaba de pié, y no le conoció. Jesús la dijo: Mujer, ¿porqué lloras? ¿a quién buscas?—Pensando ella que el que así le hablaba era el hortelano, le dijo: Señor, si le has cogido tu, dime dónde le has puesto, que yo le llevaré—Jesús la dijo entonces: ¡María!—Volvióse ella y dijo: ¡Maestro! La dijo Jesús: No te acerques, porque aún no he subido a mi Padre. Ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a

mi Dios y a vuestro Dios. María fué presurosa y anunció a los discípulos que había visto al Señor y conversado con El.

Aquí tienen las almas donde consolarse, pues María la pecadora fué la primera en ver a Jesús resucitado. No debemos de desesperar ante la muchedumbre de nuestros crímenes siempre que con ánimo contrito y doloroso, unjamos los pies de Jesús con los unguentos preciosos de nuestra contrición, y se los lavemos con las lágrimas ardientes de nuestro dolor. Así lo hizo la Magdalena y mereció ver la gloria del Señor, y oír su nombre de sus dulcísimos labios.

Esta aparición a la Magdalena, nos enseña también toda la doctrina de nuestra resurrección futura. Dos resurrecciones se obran en nosotros: una del alma a la vida de la gracia, y otra del cuerpo a la vida de la gloria. Se efectúa la primera, cuando estando nuestra alma muerta por el pecado, recibe la gracia divina, con la cual resucita a la vida del cielo; y es cuando oímos y conocemos la voz del buen Jesús, después del olvido y desconocimiento en que le tuvimos, apesar de tenerle siempre delante. Y se efectúa la otra, cuando volviendo de nuevo el alma gloriosa a la habitación de su cuerpo, por algún tiempo oculto en el sepulcro le vivifica y esclarece con las dotes celestiales, haciéndole capaz de ver la gloria de Dios.

De ambas es tipo y modelo la resurrección de Jesús. Los SS. Padres para probar nuestra resurrección futura, dicen que resucitaremos todos, porque resucitó Jesús, pues siendo El nuestra cabeza es muy natural que con ella resuciten los miembros.

Pero aun hay más. El cristiano, por serlo, está ya muerto y su vida debe de estar escondida con la de Cristo en Dios. Así lo dice San Pablo. Por eso habiendo muerto en el bautismo, y resucitado con Cristo a la gracia, debemos de buscar no las cosas de la tierra, puesto que son desproporcionadas a la vida del cristiano, sino las cosas del cielo, porque allí tenemos a Jesús sentado a la diestra del Padre.

Para gustar las cosas del cielo, sepamos apreciar las de nuestra alma. En ella está Jesús, aunque muchas veces no le conozcamos; en ella como en su templo habita el Espíritu Santo, el cual hace gustar, con la abundancia de su paz, las dulzuras que tiene preparadas en el cielo a los que le temen.

Dice San Agustín, que habiendo buscado a Dios por todas las criaturas no le pudo encontrar, hasta que mirando a su alma vió que allí estaba verdaderamente su Dios. No necesitamos por lo tanto, volver los ojos ni las manos al cielo, miremos a nuestra alma, que allí encontraremos a nuestro Jesús que se complace en habitar con los hijos de los hombres. Hablémosle, que aunque al principio no distingamos su voz, es cierto que pronto oiremos que El mismo nos llama por nuestro nombre, y nos dirá que somos hermanos suyos, hijos de un mismo Padre y socios y compañeros suyos en el tributo de adoración y de honor a un mismo Dios.

FR. SABINIANO CUENDE, O. P.



La Peña de Francia y el Excmo. Sr. D. Félix Nieto de Silva

(CONTINUACIÓN)

XVIII

Líbrase de un evidente peligro en que voluntariamente se metió. Llegase a él una mujer a quien ni conocía, ni conoció; persuádele a que se retire y lo hace.

A pocos días de como había levantado el enemigo el sitio que puso a Badajoz, me enviaron, preso por otro desafío como el de Ciudad Rodrigo, desde aquella plaza a Guinaldo.

Ya llevaba algunos meses de prisión y no había forma de levantarmela.

Yo lo deseaba mucho y más el que me llevasen a Ciudad Rodrigo.

Estaba allí con su compañía el capitán don Francisco Rábida, cuya conversación y trato me servía de mucho alivio en mi arresto. Vinole orden de que fuese a Ciudad Rodrigo a pasar muestra: con que vine a quedarme sólo.

Al día siguiente de como había salido se arrojaron sobre Guinaldo cincuenta caballos portugueses a hacer presa de ganados.

Mandaba la partida un capitán que se llamaba Juan Alvarez.

Parecióme esta ocasión muy a propósito para lograr mi intento de que me llevasen a Ciudad Rodrigo; pero había de ser ejecutando la locura de salir solo a los cincuenta caballos, porque me parecía que luego que don Fernando de Tejada que mandaba en Ciudad Rodrigo como Maestre de Campo General, lo supiese, me mandaría llevar a aquella plaza.

Encaprichado en este disparate, monté en caballo puer-to de colete y banda roja ceñida. Levanté los cones de la pistola y espada en mano me fui acercando al batallón enemigo. Pasé por delante de él muy arrimado, haciéndole cortesía, besando el puño de la espada.

Esperaba yo que ellos corriesen para cogirme, porque habiendo pasado más adelante de donde ellos estaban, me tenían cortado para poder retirarme. Deseaba yo lo hiciesen para luego que se desordenasen, volver las riendas al caballo, cerrar con ellos, entrar por su manguardia, salir por su retaguardia y volverme ufano a Guinaldo:

No lo pude conseguir, por haber pasado sin que nadie me dijese una palabra.

Luego que me ví de la otra parte de el batallón sin haber logrado mi intento, tomé, arrimado a él por su costado derecho, el camino de Ituero porque ví que tres caballos enemigos estaban a tiro de mosquete de el batallón desbalijando a un tabernero que habían cogido.

Fuíme a ellos con una pistola en la mano. Al verme ir, montó uno que había echado pie a tierra. Llegué a ellos, cerré con los tres y les tiré un pistoletazo. Huyeron. Corrí tras ellos diciéndoles: ah gallinas ¿de un hombre solo huis tres? Tantas veces se lo dije, que uno de ellos se volvió a mí: Saqué la otro pistola, y corrí tras de el hasta que lo entré por la fila de la retaguardia de su batallón. Volvíme a galope al sitio donde estaba el caballo de el tabernero, siguióme un teniente con toda la fila de la retaguardia enemiga; volvíles cara y me paré: Tercié la carabina sobre el brazo izquierdo y les dije: Venid para acá, que aún tengo aquí para otro enemigo. Ellos se volvieron, y yo, dando con la espada zurriagazos al caballo, lo llevé hasta dejarlo seguro. Volvíme luego a donde estaban los cincuenta caballos, y puesto a tiro de fusil de él, me estuve allí un grande rato.

Sucedióme aquí un caso muy particular que me ha dado mucho en que pensar, y fué: que estando yo, como he dicho parado tan cerca de el enemigo, ví, como a distancia de dos tiros de fusil de el lugar, a una mujer que se venía y vino derecha a mí.

Luego que llegó la dije: Mujer, ¿a donde vas? Era una mujer mayor y yo no la conocí. Respondióme:—Vengo a retirar a V. porque no le perdamos; y así, véngase conmigo. Yo, me ví afligido con ella, porque si entonces el enemigo se hubiese arrojado a mí, no dudo me hubiera perdido, por sacar a la desconocida mujer. Dijela que se fuese, que yo, me iría después; ella no quería volverse si no me llevaba consigo. Al ver la resolución con que me hablaba, la dije: mujer, anda, vete, que te doy mi palabra de retirarme, y con esto se volvió. Visto esto, me retiré yo también a Guinaldo.

Dejo dicho que no conocí a la mujer. Referí el caso, y pregunté quién era aquella mujer, y nadie supo decirme quién sería.

Quiero concluir la relación de mi locura en esta ocasión; y digo fué grande, que el mismo capitán enemigo *Juan Alvarez*, la conoció y tuvo por tal; como se verá en un dicho suyo. A pocos días de como esto había pasado; un capitán nuestro hizo prisionero al capitán portugués. Pasé a visitarlo en su casa y luego que nos saludamos me dijo: Señor don Félix, el día de Guinaldo estaba vosa merced vevado, (vevado, es en portugués borracho). Yo me reí, y le dije: más vevado estaba Vmd. pues teniendo cinquenta caballos consigo, y estando yo solo, no me cogió. Yo, prosigue su Excelencia, tengo todo lo referido en este caso por milagro; y me fundo para tenerlo por tal; en que si hubiera llegado el lance de cerrar con todo el batallón, como lo tenía determinado, ciertamente me hubieran muerto. Así mismo parece imposible el haberme dejado retirar, teniéndome cortado hacia la plaza. No se puede creer que, cuando pasé por junto al batallón y los saludé besando la guarnición de la espada, me tuviesen por suyo. Lo uno porque me vieron salir de Guinaldo; lo otro porque me vieron acometer, hacer huir a los tres caballos suyos, hasta meter al uno en la retaguardia del batallón. Salir el teniente con doce caballos tras de mí y pararse; estar sin moverse cuando llegó la mujer a quien ni conocí ni conocieron en Guinaldo; persuadirme ésta con tanta resolución y entereza

que me retirase; darle yo palabra de hacerlo, y cumplírsela; digo que todo lo tengo por milagro.

Bendita sea la Virgen de la Peña de Francia y su misericordia.

(Continuará). FR. FERNANDO M.^a G. RUENES, O. P.



Entronización espiritual del S. Corazón

«Adveniat regnum tuum».

IV.

Si nos fuera dado recoger los delicados afectos, los sentimientos acendrados que brotan en las almas generosas y puras al llevar a cabo la Entronización Espiritual, podríamos formar infinitos ramilletes de las más variadas flores de virtudes. No nos es esto posible; pero sí ofrecer a nuestros piadosos lectores alguna que otra muestra de esos elevados sentimientos, que les sirva de suave impulso para preparar en el propio corazón un trono digno de Jesús, embelleciéndolo con las hermosas violetas de la humildad, con las blancas azucenas de la pureza y las rosas encendidas del amor divino. Lo que ofrecemos hoy en este breve artículo, es un trozo de poesía de forma desaliñada, es verdad, pero de nutrido fondo que condensa a maravilla lo que a todos nos pide Jesús para establecer morada a su gusto en nuestro pobre corazón. Fué compuesto por una religiosa franciscana al renovar su Entronización Espiritual:

Día grande, feliz, hoy ha sido,
Pues mi alma la dicha logró,
Que Jesús en mi pecho reinase,
Renovando la Entronización.

En esta primera estrofa se nota el júbilo indecible, la intensa alegría de esta alma al hacer de nuevo entrega a Jesús del propio corazón. Después de este prelude expone en la siguiente, los sentimientos en que, con tan señalado favor, se vió anegada:

Humillada ante tanta grandeza
De ceniza cubierta me ví;
Contemplando el Todo y la nada.
Se me dijo: aprende a morir!...

La verdadera humildad, cuando es muy profunda, abruma la mísera razón humana, viendo a un lado el mundo de la propia nada, y al otro, el mundo de la inconmensurable grandeza divina; de una parte al Todo con sus riquezas infinitas, y de la otra, la nada con sus infinitas miserias; y queda espantada al contemplar cómo el Todo desciende hasta el hombre, para elevar el hombre hasta Dios. Pero ya se ve; para que esta maravilla de la deificación se opere, es menester morir a lo criado, y por eso continúa nuestra piadosa autora poniendo en labios de Jesús estas palabras:

Muere, muere, ¡oh alma! a las cosas
Deste mundo falaz y rüín,
Y batiendo las alas del alma.
¡Haz se eleve tu vuelo hasta Mí!...

¡Qué contraste! Los mundanos llaman libre al hombre que mariposea en los extensos campos del vicio y del vedado placer, al paso que los Maestros de espíritu designan con este nombre al que muere, por la renuncia, a todas las cosas de la tierra. ¿De qué lado estará la razón? Ya se comprende cuán errados andan los primeros en llamar libres a quienes sólo cuadra el nombre de licenciosos; y qué acertados los segundos al considerar gozando de perfecta libertad a los que no teniendo otra voluntad que la divina, son libres a semejanza de Dios. Servir a Dios, no es perder la libertad, sino reinar con amplios poderes y facultades. Por eso volar hacia Dios, es la aspiración constante de las almas que buscan la verdadera perfección. Así lo entiende la mencionada religiosa, y así lo manifiesta en esta otra estrofa.

¡Mi Jesús!, eso pido y deseo
Pues mi alma suspira por Tí;
Deseando vivir a Tí unida
Me es muy triste en la tierra vivir!..

Y por esto, porque le es muy triste en la tierra vivir, resuelve generosamente desprenderse de ella, permanecer en pobreza y humillación, abrazarse con la cruz más pesada, que es la propia abnegación, y en fin, olvidarse de todo para poder encontrarlo todo, y exclamar con el Serafín de Asís: «¡Dios mío y todas mis cosas!... *Deus meus et omnia*»...

Todo lo cual está contenido en el siguiente verso con que pone feliz término a su trabajo:

Por tu amor viviré desprendida,
Pobre y pura y en humillación,
Abnegada, en olvido de todo,
Para unirme a Tí sólo, mi Dios! ..

He aquí el ideal de las almas ansiosas de santidad: unirse íntimamente a Dios en la tierra y permanecer en esta inefable unión, glorificada por los siglos infinitos en el cielo...

ANIBAL GONZÁLEZ.

Presbítero de la U. Apostólica.

León, Enero de 1918.



Favor de nuestra Señora de la Peña Francia

Hallándose Juan Antonio Mateos trabajando en la casa que en Terrubias construye don Arturo Sánchez, le vino una violenta hemorragia por la boca, que con ningún remedio pudo contener. Viéndose en tan grave peligro se acordó de nuestra Señora de la Peña Francia, a la cual tiene especial devoción y le prometió visitarla, subiendo el Risco descalzo. Enseguida comenzó a ceder el vómito de sangre y al fin desapareció por completo, gozando hasta el presente de buena salud.

El día 7 de Setiembre de 1917 subió al Santuario de nuestra Señora, como había prometido, a darle gracias por el beneficio recibido, y contrajo la deuda de volver a visitarla en la misma forma por haberle dado buena suerte en el sorteo de quintas.



El M. R. P. Predicador General Fr. Joaquín Rodríguez

En el convento de PP. Dominicos, de Madrid, descansó en el Señor, en cuya compañía vivió siempre, el virtuoso e infatigable apóstol, M. R. P. Predicador General Fr. Joaquín Rodríguez. Por su trato afabilísimo e ingénuo y por sus virtudes sólidas fué siempre querido en vida, cuanto es llorado ahora en muerte.

Natural de Corias (Oviedo), allí tomó el santo hábito de la Orden en 1880 a los 15 años de edad. Con notable aprovechamiento hizo en este ilustre plantel dominicano la carrera eclesiástica, hasta que terminados los estudios en 1889 fué destinado al convento de Palencia, donde dió comienzo a su glorioso apostolado bajo los auspicios y dirección de los notabilísimos predicadores MM. RR. PP. Fr. Paulino Alvarez y Fr. Manuel M.^a de la Calle.

En 1895 se embarcó en Santander con dirección a México, extenso campo de su vida más gloriosa de apóstol. Aquí se entregó de lleno al ministerio de la divina palabra en compañía del muy Rvdo. P. Fr. Secundino Martínez, Superior de la Residencia de México y Vicario general en esta República.

A sus esfuerzos debe la Orden la fundación de muchas casas y el florecimiento de las Cofradías que encontró bastante decaídas en México.

Su actividad no se limitó a sola la ciudad; los viajes de dos y tres días a caballo eran frecuentes para dar misiones que duraban veinte y más días. Más de una vez le ocurrió enfermar y con elevada calentura y casi afónico subir al púlpito para continuar la misión. Recordando estos tiempos decía en su última enfermedad: «con más calentura que la que ahora tengo he predicado en las misiones de México y me ponía bueno».

Por sus afortunadas gestiones, y en época harto difícil, la provincia de la Bética posee actualmente las Residencias de la Habana.

El año 1903 regresó a España, ocupando el corto espacio de tiempo que estuvo en ella, en el ministerio de la divina palabra.

En la primavera de 1905 se embarcó de nuevo para México, su amado campo de acción, con el M. R. P. Visitador Fr. Antonio Martínez.

En esta segunda estancia desempeñó el cargo de Vicario Provincial durante tres años. Al sucederle en dicho cargo el muy R. P. Manuel Bada, partió para la extensa parroquia de Azcaputzalco, en la que trabajó lo indecible, celebrando los domingos y días festivos hasta tres misas y predicando en todas ellas, pues la parroquia costaba de 20 pueblos. Su salud cedió a labor tan intensa, iniciándose la enfermedad que más tarde le llevaría al sepulcro. En plena revolución de México administró la nueva parroquia de la Candelaria hasta su definitiva venida a España en 1915, ya muy agotadas sus fuerzas, aunque siempre aparecía animoso y con deseos de volver más tarde a México para continuar sus tareas de infatigable apóstol, de las que sentía verdadera nostalgia.

Los dos últimos años los pasó en Madrid ocupado en la predi-

cación y el confesionario, en cuyos santos ministerios le cogió la muerte. El mismo día que se retiró a la cama para no levantarse más, había asistido con los demás al rezo del oficio divino y pasado la tarde en el confesionario. La víspera de su muerte conservaba aún aquel buen humor y tranquilidad de ánimo que siempre tuvo; aludiendo a su última enfermedad, bronquitis con disnea, decía: «A esta enfermedad estamos sujetos los que tenemos mucho corazón».

Recibió los sacramentos con extraordinario fervor y alegría. Al recibir la Extramaunción, notando que el nuevo sacerdote que se la administraba sufría algunas equivocaciones, él mismo llamó la atención y corrigió el yerro.

Con su sentida y dichosa muerte nuestra Provincia pierde un hijo benemérito. Dios le habrá premiado ya su corta pero activísima y fatigosa vida de apóstol.

Nuestra Provincia, reconociendo sus virtudes y méritos, le honró con los cargos de superior de la Residencia de México y Vicario de toda la Provincia Mexicana. El capítulo provincial de Salamanca de 1908, le otorgó el título de predicador general; tenía además el de misionero apostólico.—R. I. P.

SECCIÓN DE NOTICIAS

ESPAÑA

Salamanca.—*En San Esteban: Triduo de Carnaval.*—Este año, como en años anteriores, mientras el mundo se entregaba, en los días de Carnaval, a la licencia y al desenfreno, se estaba celebrando en nuestra iglesia de San Esteban, el solemnísimos triduo que ya desde muy antiguo viene siendo la oración común que el pueblo salmantino ofrece en desagravio al Señor. Los sermones estuvieron a cargo de los RR. PP. Prior, Arturo Ortega y Alfredo Fanjul. Todos desarrollaron temas muy propios de esos desventurados días. Nos gustó sobremanera el sermón del miércoles del P. Fanjul; con elegancia, claridad y entusiasmo, supo en poco tiempo, presentar con clarividencia la nadería de las cosas humanas, la brevedad de la vida y lo terrible que es haber de morir no habiendo aprendido a hacerlo convenientemente durante la corta existencia que Dios nos tiene fijada en el tiempo.

Por la tarde, se organizó la procesión del Cristo de la Buena

Muerte, realizada por la asistencia de nuestro dignísimo Prelado. Resultó muy bien ordenada y sobre todo en gran manera devota. Los escogidos cantos que los religiosos fueron durante todo el trayecto entonando, llamaban al arrepentimiento de los pecados propios y a la compasión de los dolores de Cristo Crucificado. De desear es, que no se pierda el entusiasmo y la devoción por esta fiesta tan hermosa y tan apreciada de nuestros antepasados.

— El día 23 de Febrero, recibieron de manos del Sr. Obispo de la Diócesis, la sagrada orden del presbiterado, nuestros queridos hermanos Joaquín Ron, Manuel Hoyos, Felix García y Antonio Fernández. También recibieron la *prima tonsura* otros siete coristas. A todos damos nuestra cordial enhorabuena, y pedimos al Señor los haga dignísimos ministros de su Majestad.

— El 27 del mes pasado comenzó la novena del Angélico Maestro Santo Tomás. Este año se celebrará con especial solemnidad. El día 7 de Marzo, fiesta principal, cantará su primera misa el nuevo sacerdote Fr. Manuel Hoyos. Esperamos que resulte todo con grande pompa, pues que los buenos elementos que han de concurrir a la celebración de dicha fiesta, nos hacen esperar una cosa de las que pocas veces acostumbremos.

En favor de la clase obrera.— A su regreso de Roma, el señor Obispo de Salamanca, convocó en su palacio episcopal a las autoridades y representaciones de la ciudad para ver de solucionar la crisis que sufre en la actualidad la clase obrera.

Por iniciativa del señor Obispo se abrió luego una suscripción cuyos recursos se habrán de invertir en dar trabajo a los obreros; empezándola el mismo Prelado con 5.000 pesetas. Ya asciende a *veinte y tantas mil pesetas* la suscripción y se están invirtiendo en obras públicas.

EXTRANJERO

ROMA.— **El Rvmo. P. Lépidi.**— El 20 del pasado febrero cumplió ochenta años de edad este venerable e ilustre dominico, Maestro del Sagrado Palacio, o sea el Teólogo del Papa. Su vida la ha consagrado enteramente al servicio de la Iglesia y de la Orden, de la que es una de sus mayores glorias y uno de sus más doctos y celebrados maestros en los estudios escolásticos.

Nuevo Obispo Dominicó.— Ha sido nombrado Obispo de *Porto Nazionale* en el Brasil el P. Vicente M. Moreira, de la Orden de Predicadores, uno de los primeros discípulos del Colegio Angélico de Roma, de cuyo noviciado fué el primer decano y submaestro de novicios, y en el cual hizo el grado de doctor en Teología. El Padre Moreira es brasileño. Nacido el 23 de

Septiembre de 1884. Cuenta por consiguiente tan sólo 33 años de edad. Pertenece a la provincia dominicana de Tolosa, en la que profesó el 11 de Junio de 1905. Enhorabuena.

Jerusalén.—Los RR. PP. Janseus y Vincent, han sido enviados por el Gobierno francés a Jerusalén, para tomar posesión del convento de San Esteban, de cuya biblioteca los turcos han robado más de 700 volúmenes.

Del culto a la beata Catalina Naj Lavina.—Por decreto del 1.º de Noviembre de 1917, S. E. Mons. Berruti, Obispo de Vigevano, reconoció oficialmente que el culto popular prestado *ab immemorabili* a la beata Catalina Naj Lavina, Virgen Terciaría Dominicana, cuyas reliquias se conservan en la antigua iglesia de San Pedro Mártir, es legítimo, es decir, más de un siglo anterior a los decretos de Urbano VIII, y ordenaba conservarlo íntegro, sin introducir variaciones en el sepulcro, reliquias, imágenes y otros signos del culto.

Sabedor de todo esto el Rmo. P. Fanfani, Postulador de la Orden, marchó a Vigevano, visitó la tumba de la Sierva de Dios, tomó nota de lo acaecido, y ahora trabaja para apoyar cerca de la Santa Sede la introducción de la causa para la confirmación del culto. Ya están preparados los escritos para el proceso formal.



BIBLIOGRAFÍA

Diario Espiritual Dominicano, por el R. P. Domingo Jáuregui, Orden Predicadores, tomo II, de 362 págs.—Quito, imprenta de Santo Domingo, 1917.

Acabamos de recibir el segundo tomo y último del *Diario Espiritual Dominicano*, por el P. Domingo Jáuregui.

La obra no puede ser más original. Repartidas las virtudes todas por los trescientos sesenta y cinco días del año, va agrupando alrededor de cada una las sentencias más notables y los ejemplos más salientes de las grandes almas dominicanas. Se asemeja el libro a un rico panal, cuyas casillas están formadas por las virtudes de la Religión Católica, y cuya miel son los hechos ejemplares de los grandes dominicos.

Es dicho libro un devocionario, no de consejos, sino de brevísimos e innumerables ejemplos. Podría llamársele *Catena aurea*, porque es una verdadera cadena de oro espiritual, purificado en el crisol de la práctica. El él se vé la virtud no teórica, no escueta, sino encarnada en las vidas de infinitos varones.

hijos todos del Patriarca de los Predicadores. Es un método el de dicho libro, el más apropiado para irse empapando dulcemente en la vida espiritual que vemos practicada con tanta sencillez por tantísimas almas de la misma naturaleza que la nuestra.

Sentimos tener que decir que su lenguaje no es el más correcto ni mucho menos. En general sobra elocuencia. ¿Por qué remontarse a las cumbres de la pomposidad para decir cosas tan llanas como las que allí nos expone? La sencillez, la naturalidad, nos es mil veces más agradable que esa rumbona elocuencia, pasada ya de moda, si es que alguna vez lo estuvo.

Misiones de los Dominicos.—Es un folleto de vulgarización histórica, en que la fecunda y hábil pluma del P. Urbano, hace una sucinta reseña de la labor evangelizadora realizada en ambos mundos por los misioneros dominicos desde el siglo XIII, hasta nuestros días.

Es laudable el propósito del P. Urbano, considerándolo como destinado a la propaganda entre el pueblo de hazañas tan grandiosas como desconocidas; mas por ser un asunto de tal magnitud e importancia, merecía haber sido tratado con mayor reflexión, a fin de no incurrir en algunos descuidos notables que lo afean, sobre todo, en la Historia de América.

Grandezas, dolores y gozos de San José, por el P. Paulino Alvarez, O. P.—Barcelona, 1917. Librería Católica, P. Pino, 5.—Un tomo en 8.º de 254 págs. Precio, 2 ptas.

La incansable laboriosidad del P. Alvarez, nos ha regalado otra verdadera joya de piedad cristiana, por el estilo del *Mes de Jesús Sacramentado*, de que en otra ocasión dimos cuenta.

Por su piedad sólida y por su unción, el presente librito será saboreado con gusto por las almas amantes del glorioso San José.

Se divide en tres partes: En la primera trátase de las grandezas de San José, en el orden natural y de la gracia sobre todo; describe en la segunda los dolores y gozos del Santo Patriarca, glosando el texto evangélico que copia íntegro en cada dolor y gozo, concluyendo siempre con consecuencias prácticas. En esta segunda parte de ordinario calla el P. Alvarez para que oigamos al dulcísimo Granada. Pone en la tercera varios señalados favores, a manera de ejemplos, para más enfervorizar y excitar la confianza en el Santo; todos ellos están traídos con exquisito gusto. Intercala la visita domiciliaria de la Sagrada Familia, práctica que mucho aprecia el P. Paulino, y que considera muy oportuna para restablecer la piedad en el seno de las familias cristianas.

Damos sinceramente la enhorabuena al P. Alvarez por su precioso librito, que no dudamos en recomendar encarecidamente a nuestros lectores, seguros que en él hallarán abundante y escogida materia para meditar sus grandezas y honrarle con el ejercicio de los *Siete domingos*, que son los dos fines que se propone, y en verdad que consigue, el autor.